

# SUCRE: El Redentor de los Hijos del Sol

**A**quel 3 de Febrero de 1795 el sol brillaba más intensamente en el límpido cielo de Cumaná y sus cálidos rayos caían como luces de bengala sobre las raudas aguas cristalinas y alegres del Manzanares.

Nadie se imaginó que ese día estaba naciendo uno de los grandes colosos de la emancipación americana: el futuro gran Mariscal de Ayacucho. De haber sido así la augusta Cumaná habría alzado la frente enardecida y prepotente al ver la prez de tan ilustre hijo. De familia aristocrática arraigada en la parroquia Santa Inés, donde vivían los mantuanos, viene este ínclito varón que llenó de gloria hasta los confines más apartados del continente americano.

Su familia era dueña de haciendas y esclavos. De tradición militar por ambas ramas, pues tanto los Sucre como los Alcalá habían sido hombres de armas. Su padre, Vicente Sucre, se había alistado en las milicias republicanas y participó con otros familiares en los acontecimientos del año 1810.

Ingresó en una academia militar en Caracas, siendo apenas un niño de 13 años. Aquí estudió con gran aplicación asignaturas relacionadas con la profesión de Ingeniero como: Topografía, Agrimensura, Trigonometría, Álgebra y Artillería.

Aunque Sucre no fue un ingeniero tal como lo concebimos en la actualidad, tenía sólidos conocimientos de esta profesión que lo ayudaron en las grandes empresas que acometió, fundamentalmente en Sur América. Dirigió y construyó puentes y caminos en forma efectiva y con gran rapidez que lo llevaron a la victoria en Pasto y Junín. Sus conocimientos de topografía fueron muy importantes para batir a los realistas en Pichincha y Ayacucho.

El día del nacimiento del Gran Mariscal de Ayacucho debe ser recordado con fervor patriótico por hombres y mujeres nacidos en las naciones bolivarianas y fundamentalmente por los que ejercen la profesión de la Ingeniería, porque él aplicó los conocimientos adquiridos en la Academia de Ingeniería Militar en defensa de la libertad del continente suramericano.

Entre las características más importantes de su personalidad, según el historiador Gil Fortoul, eran: "Severidad para la debilidad ajena, duro para mantener la disciplina militar, clemente sólo cuando



se trataba de perdonar ataques a su persona. Mostrábase tenazmente inflexible contra el más ligero olvido del honor público".

Su lenguaje era claro, directo, diáfano y sincero, pero carecía de la imaginación poética y febril del Libertador. Era de espíritu batallador. Su cuerpo podía soportar las inclemencias más crueles de la naturaleza. Durante su corta vida, azarosa y trágica, aprendió a vivir bajo las condiciones más adversas endureciéndose su carácter y acentuando su personalidad. Pocos seres humanos hubiesen soportado las graves situaciones que le tocó vivir.

El Libertador frecuentemente se sumergía en las misteriosas profundidades del alma humana y desde allí emergía emitiendo certeros conceptos sobre la persona que se disponía a analizar. Así, en Bucaramanga, durante la Convención de Ocaña le dice a uno de sus oficiales, el General Perú de la Croix: "Sucre es caballero en todo; es la cabeza mejor organizada de Colombia; es metódico; capaz de las más altas concepciones; es el mejor General de la República y el primer hombre de estado. Sus ideas son excelentes y fijas; su moralidad ejemplar; grande y fuerte su alma. Sabe persuadir y conducir a los hombres; los sabe juzgar y si en política no es un defecto juzgarlos peores de lo que son en realidad, el General Sucre tiene el de manifestar demasiado los juicios desfavorables que hace de ellos. Otro defecto del General Sucre es el de querer mostrarse en extremo sencillo, muy popular y el de no saber ocultar que en realidad no lo es. Pero ¡qué ligeras manchas sobre tantos méritos y tantas virtudes que no se muestran y que para verlas es menester un ojo observador!

A todo esto añadiré que el Mariscal de Ayacucho es valiente entre los valientes, leal entre los leales, amigo de las leyes y no del despotismo, partidario del orden, enemigo de la anarquía y finalmente un verdadero liberal".

En Cúcuta, años atrás expresó Bolívar de Sucre esta frase: "Es uno de los mejores oficiales del ejército: reúne los conocimientos profesionales de Soublette; el bondadoso carácter de Briceño; el talento de Santander y la actividad de Salom; por extraño que parezca no se le conoce ni se sospechan sus actitudes. Estoy dispuesto a sacarle a la luz, persuadido de que algún día me rivalizará..."

Durante el inicio de la independencia de Venezuela, Sucre fue subordinado de Mariño y Bermúdez. Su actividad fundamentalmente era intelectual: disciplinar las tropas, planificar las acciones, proveer y proveer lo necesario para lograr los objetivos previstos.

A lo largo de este proceso se forjó su recia personalidad y duro carácter. Tuvo muchas privaciones y la muerte se le acercó sonriente y seductora en innumerables ocasiones.

Apenas de 19 años, casi un adolescente recibe en Cumaná uno de los impactos más dolorosos de su vida. Boves y su horda de salvajes protagonizaron una dantesca acción criminal matando a todo lo que se interpusiese en su camino. No se salvaron ni los que entraron en la Iglesia Parroquial. La furia del Atila hispano exterminó su familia. Esta experiencia siniestra y macabra templó el espíritu de este hombre singular quien al final logró superar las dificultades más terribles que se le presentaron durante el transcurso de su vida.

A pesar de su fama de hombre duro, estricto y disciplinado, características éstas que

se habían grabado en lo más profundo de su ser, fue hombre que con grandeza de alma sabía perdonar a sus más feroces enemigos. En Ayacucho cuando tiene en sus manos al General Canterac, quien había sido responsable de la muerte de su hermano Francisco, olvida este hecho, no toma represalias contra el oficial español y procede a respetar escrupulosamente el Armisticio, aunque no había sido aceptado por los realistas. Decreta que los españoles que no estuviesen de acuerdo con el sistema republicano que se iba a establecer, podían irse a su patria y los que desearan permanecer en el Perú, podían hacerlo sin que nadie tomase represalias por haber pertenecido al bando del rey.

En Cartagena de Indias, recientemente ocurridos los asesinatos de sus hermanos, sitiado por el ejército del General Morillo y sufriendo la más espantosa penuria, le pide a su jefe el General José Francisco Bermúdez, que no fusile a los prisioneros españoles, con estas palabras que reflejan la nobleza de su alma: "Salvad el nombre de la República y vuestro propio nombre, que es más glorioso que ganar batallas y matar a los prisioneros vencidos".

En el alto Perú, el general rebelde español Olañeta, le envía un sicario para envenenarlo. Este fue apresado y se le siguió un juicio sumarial. Demuestra el ilustre cumánés su generosidad entregándole algo de dinero y poniéndolo en libertad para que abandone el país. En lugar de fusilarlo tuvo compasión de él.

El Gran Mariscal de Ayacucho se destacó fundamentalmente en el conocimiento de la estrategia militar y en el manejo de la diplomacia. En ambas actividades era un maestro y las combinaba en forma magistral causando admiración en sus compañeros de armas y en su superior El Libertador Simón Bolívar. A través de los años aprendió que unas batallas se ganan con las armas y otras con la persuasión. Su palabra llegó a tener una fuerza extraordinaria de convicción. Desarrolló una gran habilidad para manejar acertadamente situaciones complejas donde estuviesen involucrados seres humanos con sus pasiones, defectos y miserias, convirtiéndose en un magnífico diplomático. Adquirió también grandes conocimientos militares que le permitieron realizar hazañas comparables sólo con las que ejecutaron los grandes hombres a través de los siglos. El Libertador, conocedor de la naturaleza humana, descubre temprano estas dotes en su subalterno y mejor amigo, llegando a tener tanta confianza en él que le asignó misiones diplomáticas y acciones bélicas que jamás hubiese delegado en otro. El sometimiento que hizo de los pastusos enemigos acérrimos de la República, acción ésta muy difícil de realizar, su ascenso nocturno al volcán Pichincha para atacar sorpresivamente a los realistas, así como también los largos movimientos realizados antes de la batalla de Ayacucho con el propósito de agotar las tropas enemigas, le causaron grata impresión al Libertador y constituyen clásicos inmortales en el arte castrense. Los innumerables recursos tácticos y estratégicos, acompañados de una gran serenidad y valentía, hacían de él un enemigo difícil de vencer.

La primera misión diplomática que le fue encomendada por El Libertador, consistió en someter al General Mariño, procurando no utilizar la fuerza. Este estaba furioso con Bolívar porque había nombrado a Bermúdez comandante en jefe de las fuerzas de Oriente y por el fusilamiento del General Piar. Cumplió tan exitosamente su trabajo que El Libertador le dice: "Usted se ha portado con el tino que yo esperaba. Celebro infinito que

ud. haya visto y tratado al general Mariño como lo ha hecho, sin desesperarlo y con la consideración que él se merece. La política es la que debe hacerlo todo".

Después del discurso de Angostura le tocó la enojosa misión de servir de mediador entre Bermúdez y Mariño. Logra una fórmula conciliatoria al quedar el primero al mando del ejército y el segundo como diputado al Congreso de Angostura. Cumple exitosamente la misión que le encomendara El Libertador de comprar armas en San Tomás y el dinero sobrante lo devuelve al vice-presidente de Colombia, Dr. Zea. A partir de ese momento deja de ser subordinado de Bermúdez y actúa directamente a las órdenes de Bolívar.

Más adelante El Libertador le encomienda la misión diplomática más compleja de su vida. Debe negociar el Armisticio y el tratado de Regularización de la guerra. En dicho tratado quedó plasmado, como un obsequio para las futuras generaciones, el alma noble y sensible del futuro Mariscal. Estableció las normas que debían regir durante el conflicto entre España y Colombia. Entre otras cosas se establece que todo militar tomado en el campo de batalla sería respetado como prisionero de guerra hasta lograr su canje. Los que hayan desertado de sus respectivos bandos no pueden ser ejecutados. El canje de prisioneros era obligatorio. Serían respetados los habitantes de los pueblos que alternativamente se ocupasen por las armas de ambos gobiernos y gozarían de absoluta libertad y seguridad. Los cadáveres en los campos debían ser sepultados.

Con esto acabó con las atrocidades que se cometieron a raíz del decreto de guerra a muerte. Logró magistralmente el Armisticio que constituyó una tregua salvadora para los republicanos quienes estaban en situación crítica y el abandono de tierra colombiana por parte del General Morillo quien desde el punto de vista militar estaba mucho más capacitado que su sucesor el General La Torre a quien El Libertador derrotó en Carabobo. Sucre ayudó a Bolívar a preparar la estrategia que debía seguirse en esta batalla que le dió la libertad a Venezuela, aunque no participó personalmente en ella. De tal manera que el Armisticio constituyó un factor importantísimo en los felices resultados que se obtuvieron en los campos carabobeños. Además en este documento España reconoció la existencia de la República de Colombia, constituyéndose en un tratado entre dos países en conflicto, dejando de ser los patriotas, a partir de ese momento, ante la opinión internacional, un grupo de facinerosos que deseaban la destrucción del Imperio español.

Sucre es precursor del Derecho Internacional humanitario con el Tratado de Regularización de la Guerra, calificado por Bolívar como: "el más bello monumento de la piedad aplicado a la guerra".

Poco tiempo después El Libertador lo envía a organizar la Campaña del Sur, asunto éste sumamente delicado y que sólo podía ser delegado en una persona honesta y capaz. Parte entonces para Guayaquil con instrucciones precisas de su superior de que aquélla debía pertenecer a Colombia porque había formado parte del Virreinato de Santa Fe de Bogotá y sólo dependía de poco tiempo atrás militarmente de Lima. Este último hecho según el Derecho Internacional es una cuestión adjetiva y transitoria. La Junta de Guayaquil había tomado una actitud ambigua al declararse neutral. Sucre utiliza hábilmente la Diplomacia y logra que dicha junta declare la provincia que representa bajo los auspicios y protección de Colombia dándole plenos poderes al Libertador para sostener la independencia recientemente alcanzada de los realistas y comprenderla en todas sus

negociaciones y tratados de alianza, paz y comercio que celebre con las naciones neutras y amigas.

Realmente esto constituyó un triunfo diplomático de Sucre. Después organizó un poderoso ejército libertador, el cual sufrió un grave revés en Huachi, por imprudencia de uno de sus oficiales perdiéndose la oportunidad de liberar a Quito y quedó en situación bastante comprometida. Sin embargo Sucre para equilibrar la grave derrota logra un Armisticio por 90 días. Durante este tiempo se preparó para dar la gran batalla que liberaría al Ecuador del yugo español. En relación con esta acción diplomática escribió El Libertador: "La destreza del General Sucre obtuvo un Armisticio del General español Aymerich que en realidad fue una victoria. Gran parte de la victoria de Pichincha se debió a esta hábil negociación, sin ella esta célebre jornada no habría tenido lugar". Nuevamente Sucre maneja el binomio Diplomacia-Estrategia Militar.

Al poco tiempo Bolívar lo envía como Embajador Plenipotenciario ante el gobierno del Perú en Lima. Para tal efecto lleva una carta de presentación ante el Presidente del Perú, Riva Agüero. Entre otras cosas le dice El Libertador de Colombia: "El General Sucre va dirigido cerca de ese gobierno para exponerle los arbitrios y medidas que en mi opinión son saludables. Lleva un carácter diplomático para darle mayor importancia a su misión. Confieso con franqueza que no ha dado Venezuela un oficial de más bellas disposiciones ni de un mérito más completo. Aunque criado en la revolución y sin haber podido tener otra educación que la de la guerra, es propio para todo lo que se quiera. Yo he confiado a él la dirección de nuestro ejército en el Perú. Sucre es hombre que puede merecer carta blanca". Estas expresiones elogiosas que el hombre más grande de América estaba refiriendo en la misiva al Presidente de un país extranjero, no tiene precedentes y demuestra la extraordinaria relación que existía entre ellos.

Esta compleja misión diplomática de Sucre en el Perú era política y militar. Debía exigir la devolución por parte del Perú de varias provincias, hecho este que jamás se cumplió. Su llegada al Perú fue seguida de innumerables presiones que hicieron sobre él los políticos y militares peruanos, quienes tenían un doble discurso ante El Libertador, Presidente de Colombia: Por un lado lo llamaban desesperadamente para que los ayudase, pero por otro trataban de lograr su independencia por medios propios.

En tierras peruanas se celebraron dos grandes batallas: la de Junín y la de Ayacucho. La primera fue dirigida personalmente por El Libertador, asesorado magistralmente por Sucre en la estrategia militar.

El Congreso de Colombia a instancias del Poder Ejecutivo, con Santander a la cabeza, le suprime el mando al Libertador y todas las facultades extraordinarias que tenía en tierras extranjeras.

Sucre se indignó ante tal injusticia. Le dolió profundamente la baja de aquellos hombres viles que por razones de resentimiento y envidia herían como dardos venenosos al Libertador. Le escribe a éste una hermosa carta donde le manifiesta su inconformidad por la infeliz decisión del Cuerpo Legislativo Colombiano y le ruega que se mantenga al mando del Ejército.

Bolívar acata la decisión del Congreso y renuncia a la Presidencia de Colombia. Deja al mando del Ejército a Sucre y marchó hacia Lima.

Sucre, desplegando una inteligente estrategia militar, derrota a los realistas en Ayacucho. Allí terminó el proceso de independencia del continente manchado por la sangre de miles de americanos que pelearon hasta la muerte por la liberación de sus pueblos.

En carta dirigida por Sucre al Libertador le dice: "El campo de batalla ha decidido, por fin, que el Perú corresponde a los hijos de la gloria. Seis mil bravos del Ejército Libertador han destruido en Ayacucho los diez mil soldados realistas que oprimían esta República". El Libertador recibió el parte de la batalla con infinita alegría. Inmediatamente elevó a Sucre al grado de Gran Mariscal y como homenaje a su amigo le escribió su biografía, en la cual dice: "La batalla de Ayacucho es la cumbre de la gloria americana y la obra del General Sucre. La disposición de ella ha sido perfecta y su ejecución divina. Maniobras hábiles y prontas desbarataron en una hora a los vencedores de 14 años y a un enemigo perfectamente constituido y hábilmente mandado. Las generaciones venideras esperan la victoria de Ayacucho para bendecirla y contemplarla sentada en el trono de la libertad dictando a los americanos el ejercicio de sus derechos y el sagrado imperio de la naturaleza".

La última gran acción diplomática-militar fue ejecutada por Sucre a raíz de la invasión peruana a tierras colombianas. El General Gamarra, quien había dirigido la invasión a Bolivia se retiró de ese país y a comienzos de 1829 se dirigió hacia territorio colombiano y entró junto con el General La Mar a Cuenca. Los peruanos se apoderaron de esta región y de Guayaquil.

A pesar de las vejaciones peruanas, Sucre le propone al General La Mar una paz negociada. Este le replica diciéndole que acepta si al Perú se le anexaba Guayaquil, ya que estaba en sus manos. Por supuesto que el Gran Mariscal no aceptó semejante respuesta y se apoderó de Cuenca.

A finales de Febrero estaba frente al Ejército Peruano en el Portete de Tarquí, lugar donde arribaron a las 4 de la madrugada del 26 de Febrero. Los peruanos dominaban toda la región y era casi imposible llegar hasta donde estaban ellos. Con gran valentía, los colombianos a pesar de que los peruanos los duplicaban, obtuvieron una contundente victoria. El héroe de la batalla fue el General Flores, quien posteriormente tuvo una destacada vida pública en el Ecuador. El Ejército peruano quedó comprometido mediante el Convenio de Jirón en abandonar las tierras colombianas a los 20 días, hecho este que no fue cumplido. El General La Mar deseaba convocar un Congreso en Quito y junto con Juanambú y Guayaquil separar estas regiones de Colombia y formar la República del Ecuador.

Se considera que la batalla de Tarquí fue más difícil que la de Ayacucho, ambas ganadas brillantemente por Sucre. Como recompensa por esta magnífica victoria le pidió al Libertador que lo separase de todo mando y de todo puesto público. Se sentía agotado y deseaba retirarse a la vida privada.

A pesar de haber ganado la batalla de Tarquí, le propone al General La Mara, Jefe

del Ejército invasor, un Armisticio donde nuevamente demuestra su grandeza. Le dice en la capitulación que le propone: "Satisfecha la venganza y el honor de Colombia no era el deseo del gobierno ni del ejército derramar más sangre, ni combatir sin gloria. Juzgué indecoroso a la república y a su jefe humillar al Perú después de una derrota con mayores imposiciones que las pedidas, cuando ellos tenían un ejército doble en número al nuestro y quise mostrar que nuestra justicia era la misma antes que después de la batalla".

Esa actitud la mantuvo Sucre durante la guerra. Siempre magnánimo en la victoria, característica esta de los grandes hombres de la historia.

Aunque leal y fiel al Libertador, no era un seguidor incondicional de él y cuando tenía una divergencia de opinión con su superior, se la manifestaba sin dobleces ni hipocresía. Estos choques entre ellos se debían a la exagerada pulcritud y caballerosidad en el proceder del ilustre cumanés que muchas veces le impedían actuar con pragmatismo. Estas cualidades le trajeron dificultades, pues en la guerra pueden ser fatales. Por esta razón había permitido cristalizar decisiones tomadas por el Presidente Riva Agüero que eran nefastas para los patriotas. Sucre respaldaba al Presidente peruano porque su extremada delicadeza le impedía inmiscuirse en los asuntos domésticos de esa nación. Esta actitud aunque siempre actuaba en algunas ocasiones le trajo serios problemas a los republicanos e irritaba al Libertador que era un hombre de acción, carácter fuerte y pragmático. Riva Agüero comete errores gravísimos en la conducción del gobierno, pero Sucre no quiso acatar la decisión del Congreso de que aceptase la Comandancia General de Ejército con autoridad suprema. Asume la responsabilidad de dirigir el Ejército pero sólo a través de las instrucciones del Presidente de la República.

El Presidente y el Congreso se enfrascan en una polémica interminable. A pesar de que éste le dio a Sucre la autoridad en todos los lugares donde hubiese guerra, obrando de nuevo de buena fe y con su acostumbrado tacto, se opuso a dicha decisión y el Presidente quedó restituido en sus funciones. Sucre dejó encargado al Marqués de Torre Tagle de la ciudad de Lima y marchó para ayudar al Ejército peruano que estaba dirigido por los generales Santa Cruz y Gamarra. Estos después de sufrir una espantosa paliza quedaron prácticamente sin ejército. Mientras tanto Riva Agüero disuelve el Congreso desde Trujillo y comienza su traición al entenderse secretamente con los españoles. El Congreso se instala en Lima bajo la protección de Torre Tagle, quien es nombrado por aquel Presidente de la República y Riva Agüero declarado reo de alta traición. Afortunadamente en los momentos de gran confusión hace su entrada en Lima El Libertador.

A su llegada consigue al Perú sin ejército propio pues Santa Cruz y Gamarra lo habían acabado en el sur, una grave escisión civil y con dos gobiernos bajo la amenaza de un vigoroso ejército español desafiante y con la moral alta por sus últimos éxitos.

Bolívar haciendo gala de su fama de crecerse ante las dificultades, donde era más peligroso, acepta el nombramiento de Dictador hecho por el Congreso. Inmediatamente ratifica el gobierno de Torre Tagle y desconoce el de Riva Agüero. El Libertador le ordena a Sucre que someta a éste último después de enterarse que se entendía con el Virrey español. Se presenta entonces una situación sumamente delicada pues el cumanés estaba convencido de que no debía intervenir en los asuntos internos de los peruanos. Con fe, lealtad y determinación se lo manifestó así a Bolívar, quien no quiso imponer su

criterio por temor a romper con su mejor General. Para evitar una disminución de su autoridad ante el Ejército, le pide entonces que lo acompañe para efectuar él personalmente la misión sin que se involucre directamente en la operación militar. Este hecho revela en primer lugar el respeto que sentía El Libertador por su subalterno, la sinceridad de Sucre al expresarse claramente ante su superior y de la firmeza de su personalidad. El ejército colombiano sin la intervención de Sucre detuvo a Riva Agüero y lo envió a Guayaquil convirtiéndose en uno de los detractores más horribles que tuvo El Libertador.

Poco tiempo después Sucre inicia los preparativos de una gigantesca campaña que condujo a los ejércitos enemigos a la batalla de Junín. Aunque él vio la contienda a distancia fue el Arquitecto del triunfo. La inmensidad del trabajo y de las dificultades para hacer transitables los caminos y sendas por profundos barrancos, requirieron todo el talento del Mariscal. Construyó puentes para cruzar los pasos más difíciles. Según El Libertador: "desplegó el saber más profundo y el juicio más exquisito en las disposiciones que adoptó para favorecer la marcha del ejército por el terreno más áspero, montañoso y peligroso del país".

Bolívar, pocos días después, preocupado por los pertrechos, comisionó al Ilustre cumanés para ir a la retaguardia para que pusiese a salvo todo lo que podía perderse. Sucre herido en lo más profundo de su corazón, considerando que había sido disminuido de categoría, pues era sumamente susceptible, le escribe una carta dura al Libertador. Este le responde magistralmente. Le ofrece la vanguardia y le dice que la misión que le había encomendado la hubiera querido para sí, pero pensó que el Mariscal lo haría mejor. En la misiva hace célebre la frase: "La gloria está en ser grande y en ser útil". Este mal entendido quedó arreglado entre ellos y aumentó la moral del ejército libertador.

Así era la comunicación entre estos dos grandes hombres: franca, honesta y diáfana. Podía haber graves divergencias de opiniones entre ellos, pero a través del diálogo y el afecto que los unía éstas era superadas.

La capitulación firmada por Sucre después de la batalla de Ayacucho demuestra su magnanimidad, nobleza sin límites y generosidad. Pudo haberle impuesto a los vencidos una rendición incondicional. En la misma establece que todo individuo del ejército español podía regresar libremente a su país; podía tener empleo en el Perú y no serían incomodados por sus opiniones anteriores si su conducta fuese conforme a las leyes; el Perú respetaría las propiedades de los españoles; todos los jefes y oficiales se auxiliarían por cuenta del erario del Perú.

Al poco tiempo firma el decreto mediante el cual convoca a la Asamblea de diputados de las provincias alto peruanas: La Paz, Potosí, Cochabamba y Chuquisaca. Esto lo hace con el propósito de determinar el destino de la región. El Libertador reaccionó furioso y desaprobó su actitud. Le recuerda que ni el Congreso del Perú, ni el de Colombia, ni nadie puede violar la base del Derecho Público. Que el Alto Perú es una dependencia del Virreinato de Buenos Aires. En consecuencia, no podía convocárseles para ejercer su soberanía, pues de hecho las separaba de las demás provincias del Río de La Plata. Sucre le responde diciéndole que él había solicitado instrucciones y se las habían negado dejándolo abandonado. La decisión que había tomado fue de buena fe pensando que el camino más noble y generoso era el de convocar a la Asamblea General de las provincias.

Sucre pensó haber hecho un excelente servicio al país, a Buenos Aires y a la América con dicha convocatoria. Para mayor seguridad la fecha de su realización había sido concebida de manera que El Libertador estuviese presente. Le advirtió a su superior que estas provincias no querían estar vinculadas a Buenos Aires. De esta manera se le enfrentó a su superior con franqueza y en forma diáfana. El gobierno de Buenos Aires admitió que las provincias podían determinar el rumbo que considerasen conveniente para ellas. El Perú también autorizó la nueva nacionalidad. De esta manera Sucre demostró que tenía razón en su decisión y que ésta era la más conveniente para todos.

Después de la batalla de Ayacucho, lleno de gloria por haber sido un factor decisivo en la independencia de Quito y Perú, siente una gran nostalgia por la vida privada y quiere formar un hogar entregándose a las labores agrícolas en las propiedades de su novia y futura esposa la marquesa de Solanda. Esta determinación era irreversible según lo había manifestado a sus más íntimos amigos. Sin embargo, antes de hacerlo, demostrando con esto el gran afecto que sentía por El Libertador, le escribe una carta llena de lealtad y afecto: "Como siempre he sometido a Ud., mis asuntos particulares, más como a un padre y amigo que como a jefe, consultaré a Ud. el más importante. Varias veces dije a Ud. aquí que mis compromisos con una señorita de Quito no habían sido disueltos aún después de 30 meses de estar ausente y a decir verdad no sé como lo disuelva, ni yo me he empeñado en ello, porque ciertamente esa niña es bien agradable y creo sería una buena mujer. Exijo a Ud. que para darme su consejo considere que lo va a hacer a un hijo suyo pues creo tener derechos a su estimación para que me los dé como a tal. Observando que el estado de las cosas presenta el aspecto de un poco de paz he resuelto cumplir de una vez el compromiso a que estoy ligado con la señorita Solanda de Quito y que al efecto escribo en esta fecha al Coronel Aguirre. Si hay circunstancias que hagan parecer mal esta partida, autorizo a Ud. para que escriba a Aguirre que lo suspenda. He dicho a Ud. que confío siempre de sus consejos como los recibiera de mi padre".

Esta carta la escribió el Mariscal Sucre dos años antes de casarse, desde Chuquisaca.

En los últimos años de su vida llegó a sentir repugnancia por el poder político. Su esposa también lo presionaba para que abandonase todo cargo público y se dedicase a la administración de las haciendas que su padre le había dejado al morir. Por tales motivos se niega a las peticiones que le hace El Libertador para que se encargase del ejército del Norte, para repeler la sublevación del General Córdova y a la vez le hiciese frente a una supuesta invasión que haría España con el propósito de recuperar sus colonias y que nunca se dio. Sin embargo Bolívar lo convence para que se traslade a Bogotá como diputado al Congreso que se instalaría en Enero de 1830 y que debía decidir sobre la disolución de la Gran Colombia. Ya era prácticamente imposible mantenerla viva por la gran diferencia existente entre venezolanos, granadinos y ecuatorianos. Los primeros estaban dispuestos a separarse utilizando las armas. Bolívar había decidido abandonar la Presidencia y dejar a Sucre como su sucesor. El Gran Mariscal fue electo Presidente del Congreso calificado por El Libertador de Admirable. Durante su discurso de instalación dijo: "El Magistrado que escojais será sin duda un iris de concordia doméstica, un lazo de fraternidad, un consuelo para los partidos abatidos. Todos los colombianos se acercarán alrededor de este mortal afortunado; él los estrechará en los brazos de la amistad, formará de ellos una

familia de ciudadanos. Yo obedeceré con el respeto más cordial a este Magistrado legítimo. Lo seguiré cual ángel de paz. Los sostendré con mi espada y todas mis fuerzas. Probablemente será el General Sucre mi sucesor y también es probable que los sostengamos entre todos. Por mi parte ofrezco hacerlo con alma y corazón".

Al poco tiempo el Congreso le ordena a Sucre que se traslade a Venezuela para que conferencie con los separatistas de esa región. De esta manera lo alejaban de la Presidencia del Congreso porque al abandonar el lugar donde se discutía la nueva ley fundamental podían impedir su acceso a la Presidencia de Colombia. En efecto, el Congreso determina que para ser Presidente era necesario tener 40 años. Así, Sucre no podía ser el sucesor del Libertador. El Gran Mariscal fracasó en la misión que le fue encomendada. Regresa a Bogotá y renuncia a la Presidencia del Congreso.

A principios de Mayo, Bolívar decide marcharse de Bogotá para exilarse voluntariamente en Europa. Hubo una triste despedida de las fuerzas vivas de la ciudad. Sin embargo Sucre llega tarde y ni puede despedirse de él. Quizás lo hizo a propósito porque lo deprime el estado crítico de salud del Libertador. Le envía una carta diciéndole: "Cuando he ido a casa de Ud. para acompañarlo ya se había marchado. Acaso es esto un bien, pues me he evitado el dolor de la más penosa despedida. Ahora mismo, comprimido mi corazón, no sé que decir a Ud.. Más no son las palabras las que pueden fácilmente explicar los sentimientos de mi alma a Ud.; Ud. los conoce, pues me conoce mucho tiempo y sabe que no es su poder, sino su amistad lo que me ha inspirado el más tierno afecto a su persona. La conservaré cualquiera que sea la suerte que nos quepa y me lisonjeo que Ud. me conservará siempre el afecto que me ha dispensado. Sabré en todas las circunstancias merecerlo. Adiós mi General; reciba Ud. por gaje de mi amistad las lágrimas que en este momento me hace verter la ausencia de Ud. Sea feliz Ud. en todas partes y en todas partes cuente con los servicios y la gratitud de su más fiel y apasionado amigo".

En esta carta revela Sucre el profundo afecto fraternal que sentía por Bolívar. Tal vez presentía que jamás volverían a verse por el estado de postración en que se encontraba su superior. Habían decidido tomar rumbos distintos. El Gran Mariscal el de unirse a su familia en el Ecuador y Bolívar pensaba marcharse al extranjero a escribir sus memorias.

El Libertador contesta la carta de Sucre, camino a Turbaco de la siguiente manera: "Mi querido general y amigo: la apreciable carta de Ud., sin fecha, en que Ud. se despide de mí, me ha llenado de temura y si a Ud. le costaba pena escribirmela ¿que diré yo, yo que no tan sólo me separo de mi amigo, sino de mi patria? Dice Ud. muy bien. Las palabras explican mal los sentimientos del corazón en circunstancias como estas; perdone Ud., pues la falta de ellas y admita Ud. mis más sinceros votos por su prosperidad y por su dicha. Yo me olvidaré de Ud. cuando los amantes de la gloria se olviden de Pichincha y Ayacucho".

Así fue la relación que mantuvieron estos dos titanes de la independencia. La de un padre con su hijo. Sucre siempre le habló al Libertador con sinceridad, franqueza y sin ocultarle ningún sentimiento. Cuando tenían diferencias de criterios, que ocurrió en muchas ocasiones, se entendían con la comunicación y el diálogo.

Cuando Sucre cumplió 30 años de edad, El Libertador con su espíritu poético y su

imaginación febril, le rinde homenaje escribiéndole su biografía, distinguiéndolo así del resto de sus compañeros de armas. En el párrafo final dice: El General Sucre es el Padre de Ayacucho; es el redentor de los hijos del sol; es el que ha roto las cadenas con que envolvió Pizarro al Imperio de los Incas. La posteridad representará a Sucre con un pie en el Pichincha y otro en el Potosí, llevando en sus manos la cuna de Manco-Capac y contemplando las cadenas del Perú rotas por su espada".

A comienzos de Junio, del tristemente recordado año 1830, el Gran Mariscal de Ayacucho fue asesinado a mansalva, golpeando mortalmente al Libertador. Este cuando conoció la noticia exclamó: "¡Han matado al Abel de Colombia! ¡Dios excelso, si tenéis justicia haced caer un rayo de vuestras manos sobre el monstruo que lo asesinó!!

Todo el mundo supo que este horrendo crimen fue perpetuado para destruir moralmente al Libertador quien se encontraba casi moribundo y evitar además que éste tuviera un sucesor en la dirección de los destinos de la Gran Colombia.

Ese terrible día el alma de América gimió de dolor. La perfidia de sus enemigos gratuitos hizo retumbar en Berruecos el tronido de aquellas armas asesinas empuñadas por manos furtivas de execrables criminales rompiéndose como un cristal el silencio inconmensurable del bosque. El delito que le indiligaban aquellos seres humanos viles y canallescos era su lealtad y amor fraternal por El Libertador a quien quería como un padre.

Tendido en el suelo, su uniforme consagrado por las divinidades de la guerra resplandecía rutilantes argenterías épicas. Los coágulos de sus heridas habían detenido ya la sangre del ilustre cumanés, la que fue chupada por la tierra selvática reteniéndola en su seno con amor maternal porque Sucre fue para la Gran Colombia uno de los hijos que más gloria le dio. Como ironía de destino, jamás la ira hispana, despedida por aquel imperio que veía impotente como se derrumbaba su majestuosidad rozó el ser lozano del Gran Mariscal. Sus compatriotas, los beneficiarios de sus inmensos sacrificios fueron los sicarios malvados del mejor de los Generales colombianos. Así se fue de este mundo el redentor de los hijos del sol, el viajero que vino desde las bocas del Orinoco para convertirse en el vencedor de Pichincha y Ayacucho, desgarrando en el Cuzco el pabellón de Pizarro para obsequiárselo al Libertador del Continente.

Atilio Abreu Fuenmayor